

EI BAILE DE LOS ESPEJOS

Víctor Meza

Mientras estuve fungiendo como Comisionado de la reforma integral del sistema de la seguridad pública, en el periodo marzo 2012 – enero 2014, siempre sostuve una tesis que, todavía hoy, sigo compartiendo con mis amigos y colegas: para conocer mejor la evolución del problema de las pandillas o maras, los hondureños debemos vernos en el espejo de El Salvador. Es ahí, en el vecino país, en donde los pandilleros han ido evolucionando en su organización y estructura como una forma corporativa del crimen organizado, y, por lo tanto, es esa evolución siniestra la que vamos a enfrentar – o estamos afrontando ya – en nuestro país. En cambio, en materia de crimen organizado y penetración del narcotráfico, el espejo es Guatemala. Ahí es donde las redes criminales han logrado tejer una telaraña de influencias y controles, que virtualmente han cubierto el país con estructuras de microeconomías narco o con islotes de poder institucional al servicio de los criminales organizados. Es precisamente en ese espejo en el que nos debemos ver reflejados los hondureños, si es que queremos tomar las medidas adecuadas y oportunas para evitar caer en situaciones semejantes.

Pero los espejos, como ya se sabe, reflejan lo bueno y lo malo, el rostro lozano y las incómodas arrugas, lo agradable y lo desagradable, lo bonito y lo feo. Por lo tanto, el espejo guatemalteco, que es el que hoy por hoy más nos interesa, también muestra, al menos por ahora, una imagen estimulante y saludable, paradigmática para la sociedad hondureña: los ciudadanos de aquel país están en las calles, protestando, exigiendo, reclamando, ante un gobierno que, como el de Honduras, permite, estimula y promueve la corrupción generalizada en la administración pública. Nuestros vecinos del norte han decidido salir a la plaza pública y, en un acto de valentía cívica y arrojo juvenil, demandar, presionar y exigir la renuncia del gobernante que ha tolerado, cuando no ha promovido y participado en ellos, los actos de corrupción. Le tienen acorralado, contra las cuerdas, cuando ya sólo le quedan unos cuantos meses de periodo gubernamental.

En Honduras, en cambio, el gobernante, que llegó a ese alto cargo en elecciones tan dudosas como cuestionables, con un gelatinoso margen de diferencia frente a la candidata Xiomara Castro (la verdadera ganadora de los comicios, según muchos observadores), tiene todavía mucho tiempo por delante, casi dos años y medio. Pero su tiempo cronológico se debe comparar con su tiempo político. Mientras el primero se alarga, el segundo se recorta. La política, con su lógica implacable, se impone sobre el tiempo histórico, lo somete y reacomoda a su propias urgencias e intereses, Eso es, precisamente, lo que no parece entender el gobernante. Su soberbia lo ciega, la

intolerancia y altanería lo obnubilan y le oscurecen el buen criterio para juzgar los pro y los contra del juego político, los peones blancos y negros, caballos, reinas y reyes, del tablero de ajedrez.

Sería bueno que los asesores del presidente local, en un acto de suprema recuperación de la racionalidad y la humildad, pudieran, por fin, aconsejarle para que aprenda las lecciones de los países vecinos y, en un acto de habilidad simple, acepte verse, aunque sea por un solo instante, en los espejos dramáticos de El Salvador y Guatemala. Ojalá que así sea.